

ANTROPONIMIA Y HUMOR EN LA LITERATURA ROMANA

Xaverio BALLESTER
Departamento de Filología Clásica
Avenida Blasco Ibáñez, 32
46010 Valencia (España)
Universitat de València
xaverio.ballester@uv.es

La literatura romana está llena de juegos de palabras. Un tipo muy característico es el conformado por antropónimos, ya que los nombres de persona en latín, en razón de sus significados chocarreros, se prestaban enormemente a la chanza. Algunos autores, especialmente propensos a estas prácticas, descubrieron el *filón* e hicieron abundante uso de este expediente.

Palabras clave: Literatura, Latín, antroponimia, paranomasia.

Anthroponymy and Humor in Latin Literature

Roman literature is full of puns. One characteristic type is that formed by anthroponyms, since personal names in Latin, because of their humorous meanings, lent themselves to jokes. The authors who were particularly prone to these practices discovered this *gold mine* and subsequently made plentiful use of it.

Keywords: Literature, Latin, anthroponymy, puns.

Los juegos de palabras

La sorpresa, el absurdo y el ingenio sean acaso las fuentes primordiales del humor, sobre todo, ingenio, es decir, agudeza o capacidad de sutileza mental de uno, ya que, en cierto sentido, sorpresa y, aún más, absurdo dependen en última instancia del ingenio. Por otra parte, una de las funciones clásicas universalmente reconocidas para la lengua es la función poética, dentro de la cual podría bien inscribirse la lúdica; al menos resulta patente que ambas están ligadas, reduciéndose con frecuencia el debate sobre la relación entre una y otra a una cuestión de nomenclatura, aspecto este que, por supuesto, aquí en nada nos concierne, siendo suficiente para el propósito de estas páginas el dejar sólidamente establecido que la utilización

lúdica de las lenguas humanas representa una actividad totalmente universal, frecuente y naturalísima.

Aun en sentido general, los denominados *juegos de palabras* constituyen la manifestación probablemente más común –y por ello, también, en cierto modo más conspicua– de la función lúdica del humano hablar, si bien tampoco son aquí infrecuentes fonolalias que se centran en lo fónico y no en lo semántico (tipo “Mi mamá me mima y me ama” o “Mi tía toma té, Teo/ Teo, mi tía te toma/ Teo, mi tío te mata/ Tete a mi tío toma/ Tete, a mi tío mato”), trabalenguas que buscan asociaciones complejas de sonidos (“Tres tristes tigres” o “Pablito clavó un clavito”), ideofonías que buscan la relación más natural posible entre sonido y significado (“pim, pam, pum”, “ping-pong” o “cataplof”), acertijos (“En este banco está sentado un padre y un hijo. El padre se llama Juan y el hijo ya te lo he dicho” u “Oro parece, plata no es”), u otros tipos de expediente que juegan o con la musicalidad de la frase (“¿Parará, papá? Parará, Pachín”) o con las expectativas léxicas despertadas (“Los hermanos Pinzones/ eran unos marineros”). Característico de los juegos de palabras es el hecho de que la mayoría de ellos tenga por objeto divertir o incluso a menudo una finalidad abiertamente humorística, siendo este un aspecto muy determinante de su carácter específicamente lúdico, ya que en su ausencia el juego de palabras no dejaría de constituir un expediente poético más, al punto de que, sin tal característica, bien podría decirse que la rima o cualquier otra figura basada en la repetición no son también sino juegos de palabras, de modo que incluso bien podría decirse, en suma, que mismamente la poesía no es sino un juego de palabras.

Los juegos de palabras en la literatura

La *literatura* en su sentido etimológico de literatura de confección o transmisión escrita proporciona una posibilidad adicional para la función lúdica y, por ende, para los juegos de palabras, al poder emplearse la perspectiva espacial –y no o no sólo temporal– o la afinidad o identidad visual –y no o no sólo oral– para tal fin. Puesto que la literatura en lengua latina pertenece casi al ciento por ciento a este tipo de tradición escrita, resulta patente que la literatura en lengua latina (romana, medieval, incluso la postiza renacentista...) presentará como por añadidura esta posibilidad.

No faltan, desde luego, en la literatura en latín ejemplos de acrósticos, *carmina figurata*, palíndromos, telésticos, versos *rapportati*, sotadeos... prácticas todas ellas de percepción básicamente gráfica, visual, como en el palíndromo de autor desconocido *Roma, tibi subito motibus ibit amor* (Sidon. *epist.* 9,14,4; Blänsdorf, 1995: 465 *fragm.* 134), cuya auténtica singularidad difícilmente podría ser captada como mensaje exclusivamente oral, pues, en efecto la frase quedaría probablemente mejor traducida en castellano por un “dábale

arroz a la zorra el abad” que por un cuasilateral “a ti, Roma, el amor llegará en repentinas mociones”. Lo mismo, *mutatis mutandis*, podría decirse del palíndromo *in girum imus nocte ecce et consumimur igni*, de autoría y datación desconocidas, sentido forzado, como suele suceder en estos casos, gran éxito en época medieval y con un *girum* en vez del clásico *gyrum*.

Los juegos de palabras en la literatura en latín

Por añadidura, de modo general cabe decir que la escritura latina se caracteriza, en términos comparativos, por su gran propensión a lo lúdico. Al menos entre los grandes modelos occidentales de escrituras la latina es con probabilidad la que más ampliamente hizo uso de estas posibilidades manteniendo singularmente una actitud, diríase, poco respetuosa ante una entidad considerada prácticamente sacra o mágica por muchas otras culturas, especialmente por aquellas cuya religión se basa en textos considerados sagrados.

Tal actitud irreverente ante la escritura –e indirectamente tan propicia a lo lúdico– pudo, en nuestra opinión, deberse también a factores intrínsecos a la propia escritura y que tienen que ver, sobre todo, con la menor polisemia –ergo mayor modestia– de las unidades grafemáticas latinas. Para comenzar, frente al helénico modelo de nombres de letras con *alfa, beta, gama...*, el latino con *a, be, ce...* supone no sólo una distinta tradición –etrusca verosímelmente– sino también un freno a las corrientes especulativas sobre la escritura y a la interpretación plural y simbólica del texto, todo ello en virtud de su mucha menor polisemia. Mientras un fenicio podía para la primera letra de su signario o alefato encontrar al menos hasta cuatro correspondencias, a saber, /b/, la secuencia /be:t/, o los significados ‘dos’ o ‘casa’, y un griego para las correspondencias /b/, /be:ta/ y ‘dos’, y aun una nota musical, el latino leía sólo /b/ y /be:/ en su . Prácticas cabalísticas como el isopsefismo (*uide Desbordes*, 1990: 78-80) o correspondencias entre letras con igual valor numérico eran contranaturales y a veces apenas posibles en latín. Griego era, no latino, el epigrama que, según Suetonio (*Nero* 39), hacía ver que, letra a letra, el nombre de *Nerón* sumaba la misma cifra que el de “mató a su madre”. A diferencia del hebreo y de lo que sucederá con el árabe, el latín no disponía de escrituras sagradas. La tal relativa oligosemia o intrínseca limitación semántica de la escritura latina propiciaba un escaso simbolismo o misticismo pero, por contra y causa de su menor solemnidad, una mayor capacidad lúdica.

La escritura latina, además, como fiel practicante de la separación de palabras o *scriptio discreta* –verosímelmente otro legado etrusco– era menos proclive a la ambigüedad producida por la escripción continua o notación sin separación de palabras, tan propia de la escritura helénica, ya que allí, como nos recuerda Quintiliano (*inst.* 7,8,4-6) no había tantas ocasiones para que se produjeran controversias cuales cómo interpretar *IN/GENVA, ARMA/MENTVM*,

COR/VINUM o *IN/CVLTO*, mientras que, en cambio, los griegos encontraban fácil pretexto para litigar sobre si se dejaban todos (πάντα) los bienes a León (*bona omnia Leonti*) o si simplemente se dejaban bienes a Pantaleón (*bona Pantaleonti*) o, el que acaso sea el calambur más divertido, si debía de ser declarada pública la casa que se derrumbara tres veces (ΑΥΛΗ ΤΡΙΣ) o simplemente declarar pública toda flautista (ΑΥΛΗΤΡΙΣ) que cayera (este y similares ejemplos en Hernández 1992: 86-89).

La anfibolia

En el sexto libro de las *Institutiones* de Quintiliano —especialmente entre 6,3,47 y 6,3,87— citanse bastantes ejemplos de juegos de palabras tomados de diversos autores, como, por ejemplo, de Cicerón estos: *ego quoque tibi fauebo* (*inst.* 6,3,47), o “a ti también/, cocinero, daré yo mi apoyo”, dedicado al hijo de un cocinero (*cocus*), lo que, por tanto, bien podría ser un temprano testimonio del cambio vulgar [kwo > ko], es decir, jugando con la pronunciación popular de *quoque* ‘también’ y con el vocativo *coque* ‘icocinero!’. En su comentario a los *Adelphæ* de Terencio debe Donato de recoger el mismo *dictum* o ‘gracieta’ de aquel orador (Don. *ad Ad.* 423: *Ciceronis dictum refertur in eum qui coqui filius secum causas agebat*: «*Tu quoque aderas huic causa*». *Nam ueteres, coquus non per c literam sed per q scribebant*). Asimismo recoge Quintiliano (*inst.* 6,3,48) un *pater tuus, homo constantissimus, te nobis uarium reliquit* o “tu padre, hombre de principios más firmes, nos dejó empero un hijo pecoso/tornadizo”, pues el adjetivo *uarius* ‘con motas - con manchas - con lunares - pecoso’ pasó metafóricamente a significar ‘vario - variado - variable’, amén de constituirse como andrónimo: *Varius* obviamente. Quintiliano capta bien que fundamentalmente aquí el efecto *retórico* se debe a la ambigüedad semántica (*inst.* 6,3,47: *in primis ex amphibolia*; *inst.* 6,3,62: *amphiboliæ similitudo*) y a la sorpresa (*inst.* 6,3,24: *in decipiendis expectationibus*) que produce el decir —o eventualmente acompañar con el gesto— cosas antilógicas (*inst.* 6,3,23: *aliqua subabsurda*). Aun en Quintiliano (*inst.* 8,3,29), muy atento a estos usos, encontraremos a Cicerón (*Phil.* 11,14) refiriéndose a un cimbro fraticida con un *Germanum Cimber occidit* o “El cimbro mató al germano/ hermano”. Añadamos al menos que en un epigrama demoledor (Courtney, 1993: 192 *fragm.* 2; Blänsdorf, 1995: 199 *fragm.* 2) Bibáculo ironizó con la supuesta circunstancia de que el gramático Valerio Catón había podido resolver todas las cuestiones gramaticales (*omnes soluere posse quæstiones*) menos una *letra* (*expedire nomen*), pues, efectivamente, no había podido hacer frente a un crédito —no había podido pagar una *letra*— y el acreedor deambulaba ahora por toda la ciudad intentando vender el chaletico impagado (*Tusculanum/ tota creditor urbe uenditabat*).

Homonimia, paranomasia. Polisemia y sinonimia

A estas alturas parecerá claro que formalmente pueden establecerse dos tipos básicos de juegos de palabras atendiendo a si los términos implicados son idénticos o simplemente similares, a tal criterio corresponderían dos conceptos de la retórica clásica: homonimia y paranomasia respectivamente. En ambos casos el juego de palabras implica un sentido adicional, es decir, todo el expediente implica además el recurso a la polisemia. Ahora bien, este se produce de modo excluyente en la homonimia, que en realidad, como intuye bien Quintiliano (*inst.* 7,9,1), no consiste más que en una *amphibolia* en un solo término formalmente idéntico, ya que hay innumerables especies (*species*) de anfibolías pero sólo dos géneros (*genera*) o formas de materializarse: o en una palabra (homonimia) o en más de una (paranomasia, ambigüedad sintáctica...). Así, por homonimia /gallus/ puede hacer referencia [in]distintamente a un gallo, a un galo, a un nombre propio o a una contingencia corporal (cf. Quint. *inst.* 7,9,2), lo que ya es mucho, mientras que como paranomasia –en latín también denominada *adnominatio* (*ad Her.* 4,29; Quint. *inst.* 9,3,66)– necesitará de una forma similar –no idéntica– con su respectivo distinto significado, como *fel* ‘hiel’ y *mel* ‘miel’ si nos limitamos a cambiar sólo la consonante inicial. Con gracia, por ejemplo, Cicerón (*Verr.* 2,4,20,43: *iactabit se et in his equitabit eculeis*) emplea la polisemia del vocablo en “presumirá de también montarse en estos caballitos”, pero aquí *eculeis* se refiere en realidad a unos vasos de plata en forma de cuerno pero terminados con la cabeza de un caballo. Se trata este seguramente del juego de palabras más frecuente, ya que por los sólitos procesos de metáfora y metonimia, las palabras suelen desarrollar otros y a veces bastantes distantes significados. Así, la palabra *carina* designaba originariamente la media cáscara de la nuez, de ahí por visual similitud (⊗) de la forma paso metafóricamente a designar la quilla de una nave y esta última acepción por asociación de contigüidad (→) e indicando una parte el todo pasó a designar poéticamente la nave en general: ‘cáscara’ ≥ ⊗ ‘quilla’ ≥ → ‘nave’. Tenemos así un mínimo de tres significados básicos utilizables para un juego. No tan raramente se puede además jugar con la polisemia de una palabra invirtiendo (κατ’ ἀντίφρασιν) o negando el sentido de su significado, como de aquel político llamado Largo Caballero al que sus enemigos calificaban de corto de entenderas y poco caballero. Más raramente el juego de palabras puede basarse en el empleo de una forma distinta pero con idéntico significado, es decir, puede estar basado en la sinonimia.

Ciertamente cuanto más remota y ergo menos perceptible sea la afinidad, tanto literariamente peor cabe considerar el juego de palabras. Por ello mismo la paranomasia es, en principio, menos eficaz y tanto menos cuanto más alejados sean fónicamente los términos implicados. Un juego entre, por ejemplo, *Hermes* y *herpes* en latín, o en nuestra lengua *Latorre* y *Latontorre*, es menos

evidente y menos eficaz que un juego entre, por ejemplo, *Mānibus* y *mānibus* o en nuestra lengua *Burillo* y *Burrillo*. Dada la singularidad que presentan muchos nombres propios, a menudo la paranomasia constituye la única posibilidad real de jugar con ellos. Quintiliano (*inst.* 6,3,53) nos recuerda también que otros llamaron *Pacisculum* a un pactista *Acisculum*, por inversión *Acidum* a un *Placidum* de agrio carácter y *Tollium* a un *Tullium* amigo de lo ajeno, con juego sobre *tollo* 'llevar[se] - levantar[se]', es decir, 'robar'. Sólo el polisémico *Placidus* 'apacible', a diferencia de *Acisculus* y *Tullius*, ofrecía otro significado con el que jugar.

Por aquella misma razón –de cuanta mayor afinidad, tanto mejor– la homonimia es, en principio, más eficaz que la paranomasia, ya que presenta la máxima afinidad, es decir, la igualdad absoluta. Además en términos generales aquella es más difícil de conseguir que esta, pues potencialmente en todas o al menos en la inmensa mayoría de las lenguas hay menor número de *palabras* idénticas –ya sean sinónimos, ya las habituales plurales significaciones, tipo *carina* 'cáscara - quilla - nave', de un solo término– que de *palabras* parecidas, de modo que literariamente cabe considerarla –en igualdad de restantes condiciones y en principio– más valiosa.

Otro criterio estimativo importante a la hora de ponderar lingüística o literariamente los juegos de palabras podría ser el de ponderar la referencia esta vez no a la forma sino a los significados de la forma o formas aludidas. Aquí naturalmente los requisitos exigibles de calidad son más lábiles y menos objetivos, dependiendo, entre otras cosas, de la función o finalidad del texto. Por una parte, habrá que valorar, con la adecuación a la finalidad que pudiese establecerse, la precisión del juego, prefiriéndose la simetría a la asimetría, la antítesis al contraste, la sorpresa a lo esperable... Por otra parte hay que tener también en cuenta la originalidad del autor, un juego del tipo *fel - mel* o literalmente nuestros *hiel - miel* cumplirían bien los requisitos de afinidad formal y precisión de significados, pero resulta poco original, demasiado convencional, al tratarse de juegos de palabras de uso general para los hablantes de las respectivas lenguas. Y la convención, como la gramática o el sistema, anulan la espontaneidad y creatividad de un fenómeno expresivo y, por tanto, lo privan de sorpresa y atenúan su efecto.

Variación en la cantidad vocálica y otras menos sutiles estrategias

La variación en la cantidad vocálica –automática generatriz de paranomasias– es truco frecuente y siempre disponible para una lengua con largas y breves como el latín. Cicerón (*nat.* 1,97) nos rescata un ejemplo del arcaico autor Ennio: *sīmia quam sīmilis, turpissima bestia, nobis* u "Horrible bestia, simia cuán similar a nosotros" (Courtney, 1993: 19 *fragm.* 23). Quintiliano es más bien reacio a estos empleos y desaconseja en general la paronomasia de este tipo (*inst.* 9,3,69: *exempli uitandi potius quem imitandi*) con ejemplos (*inst.*

9,3,70) de Ovidio: *cur ego non dicam, Fūria, te fūriam* o “¿No habré yo de llamarte furia, Furia?” (Courtney, 1993: 309 *fragm.* 4; Blänsdorf, 1995: 286 *fragm.* 4), y los anónimos y posiblemente *ex professo* creados *āmārī iucundum est si curetur ne quid insit āmārī* o (“Ser amado es placentero si uno procura que en ello no haya nada amargo”). En latín clásico ambas formas son en realidad homofónicas /amaarii/, por lo que la inserción de este ejemplo junto a otros con diversa significación *productione tantum uel correptione* ha de deberse a un error de Quintiliano o bien a alguna evolución fónica, que apenas e hipotéticamente podría ser otra que /amaari/ ‘ser amado’. Otra opción –aparentemente más verosímil– es pensar que la referencia tiene por objeto esta vez no la pronunciación sino la escritura, confusión de planos habitual en los autores antiguos, de modo que una antigua desambiguadora grafía *amarei* (infinitivo) - *amari* (genitivo) habría propiciado aquella interpretación. La *Anthologia Latina* (712) nos rescataría otra paranomasia con contraste de vocales larga y breve en Apuleyo: *sinuare ad Veneris cursum fēmina fēmināe* o “ir acomodando sus muslos a la ruta de la femenina Venus”, pasaje para el que Courtney (1993: 399) ya menciona bien el paralelo catuliano (69,1–2): *Noli admirari quare tibi femina nulla,/ Rufe, uelit tenerum supposuisse femur* o “Deja, Rufo, de preguntarte pasmado por qué ninguna hembra/ quiera rendirte sus tiernos muslos”.

En la obra que “constituye la descripción más rica y exhaustiva de esta figura [*scilicet* la figura de la paranomasia]” (Núñez, 1997: 256), en el tratado de retórica dedicada a Herennio y quizá originalmente titulado *De ratione dicendi*, el autor, en efecto, incluye el citado texto (*ad Her.* 4,21) junto a ejemplos homofónicos con *cūrās* ‘te preocupas’ y ‘preocupaciones’ (*ad Her.* 4,21: *cur eam rem tam studiose curas, quæ tibi multas dabit curas?*), con *uēniām* ‘vendría’ y ‘venia’ (*ad Her.* 4,21: *ueniam ad uos, si mihi senatus det ueniam*), y con *āuium dulcedo ad āuium ducit* o “La dulzura de las aves conduce al extravío” (*ad Her.* 4,29), además ordenadamente se citan allí paranomasias con *ueniit* ‘fue vendido’ - *uenit* ‘vino’ (*ad Her.* 4,29: *hic qui se magnifice iactat atque ostentat, ueniit ante quam Romam uenit*), con *uincit* ‘vence’ - *uinciit* ‘encadena’ (*ad Her.* 4,29: *hic quos homines alea uincit, eos ferro statim uinciit*), con *cūriam* ‘curia’ - *Cūriam* ‘Curia’ como nombre femenino (*ad Her.* 4,29: *hic, tametsi uidetur esse honoris cupidus, tantum tamen curiam diligit quantum Curiam?*), con *temperare* ‘temperar’ - *obtemperare* ‘obtemperar’ (*ad Her.* 4,29: *hic sibi posset temperare, nisi amorei mallet obtemperare*), con *lenones* ‘lenones’ - *leones* ‘leones’ (*ad Her.* 4,29 con texto enmendado: *si> lenones uitasset tamquam leones,> uitæ tradidisset se*), con *nauo* ‘diligente’ - *uano* ‘inútil’ (*ad Her.* 4,29 también con enmienda: *uidete, iudices, utrum hominei nauo <an uano> credere malitis*) y con *deligere* ‘seleccionar’ - *diligere* ‘querer’ (*ad Her.* 4,29: *diligere oportet, quem uelis diligere*). Ejemplos, como ya se

habrá intuido, difícilmente tomados de discursos reales y más bien, al menos en su mayoría, inventados ilustrativamente *ad hoc*.

Como paranomasias cree Quintiliano (*inst.* 9,3,71–72) más elegantes (*elegantius*) juegos menos sutiles con modificación de preverbios como *reprimi* - *comprimi* y similares (Cic. *Cat.* 1,30: *pestem paulisper reprimi, non in perpetuum comprimere posse*; *Cat.* 1,27: *ut abs te non emissus ex urbe, sed immissus in urbem esse uideatur?*; Quint. *inst.* 9,3,71: *emit morte immortalitatem*; Quint. *inst.* 9,3,72: *non Pisonum sed pistorum*; Cic. *Phil.* 3,22: *cur magister eius ex oratore arator factus sit?*; Quint. *inst.* 9,3,80: *neminem alteri posse dare in matrimonium nisi penes quem sit patrimonium*). El propio Quintiliano (*inst.* 9,3,72) rechaza como en verdad malísimo (*pessimum uero*) un *ne patres conscripti uideantur circumscripti* o “no parezcan limitados los padres conscriptos” (citado ítem en *ad Her.* 4,30: *ne omnino patres <conscripti> circumscripti putentur*). En fin, el poliptoto constituiría una subclase de paranomasia para el autor de la denominada “Retórica a Herennio” (*ad Her.* 4,31: *Alexander [...] Alexandri [...] Alexandrum [...] Alexandro*) considerando este autor (*ibidem*) también paranomasia las afinidades en el significado en formas disimilimas, en realidad para simples *uariationes* en series conceptualmente afines (*Tiberium Graccum [...] Gaio Gracco [...] Saturninum [...] Druse [...] Sulpicio*). Aunque las variaciones del tipo *Marcus - Marci - Marcum* fuera, como vemos, considerado una paranomasia en algunos tratados antiguos, puesto que la diferencia de significado en tales casos es sólo morfológica, preferimos hablar aquí de homonimia.

Ya quedarían algo fuera de nuestra consideración aquí como juegos de palabras los casos de *feronimia* (del griego φερωνυμία) o cualidad de nombres parlantes, es decir, la buena adecuación de nombres –reales o ficticios– a la persona o al personaje, cuales la borracha *Stapula* (cf. griego Σταφυλή ‘racimo’) en la *Aulularia* de Plauto, un *Phileros* (cf. φίλος ‘amigo - querido’ y ἔρω ‘amor’) en unos versos eróticos de Valerio Editio (Gell. 19,9,12; Courtney, 1993: 70 *fragm.* 2; Blänsdorf, 1995: 93 *fragm.* 2), o el caso de la *Serenillæ*, *quæ φερωνύμως [...] ad Christi tranquilla peruenit* según San Jerónimo (*epist.* 47,2) o “de Serenilla que, como indica su nombre [...] llegóse tranquila a Cristo”.

Antroponimia en los juegos –humorísticos– de palabras

Por añadidura en latín y en la cultura romana, junto a las poco *serias* y escasamente simbólicas tradición y práctica escriturarias, había aún otro lingüístico elemento que fácilmente predisponía al juego de palabras, a saber, la antroponimia romana, la cual, ciertamente, constituyó un riquísimo manantial para variados juegos de palabras, habida cuenta de que muchísimos nombres propios latinos poseían un significado translúcido para sus hablantes y además,

como vamos a ver, a menudo un significado grotesco y bizarro: *Aper* 'jabalí', *Balbus* 'tartamudo', *Bestia* 'bestia', *Brutus* 'tonto', *Burrus* 'pelirrojo' en época arcaica y probable copia antigua del griego *pyrrós* (πυρρός) 'pelirrojo' (Paul.-Fest. 31 Müller), *Caluus* 'calvo', *Capito* 'cabezón', *Catullus* 'cachorr[ill]o', *Cicero* 'chicharón', *Cornutus* 'cornudo', *Crassus* 'pesado - espeso', *Felix* 'feliz', *Flaccus* 'delgado', *Florens* 'florecente', *Fronto* 'frentón', *Fuscus* 'moreno - cetrino', *La-beo* 'labión', *Lepidus* 'gracioso', *Luscus* 'tuerto', *Macer* 'escuálido', *Naso* probablemente 'narizotas', *Nepos* 'nieto', *Niger* 'negro', *Pætus* 'bizco', *Pedo* 'piezón', *Pius* 'piadoso', *Plautus* u 'orejotas' (Paul.-Fest. 231 Müller) o 'de pies planos' (Fest. 238 Müller; Paul.-Fest. 239 Müller), *Quintus* 'quinto', *Rufus* '[pelir]rojo', *Scaurus* 'de pies deformes', *Serenus* 'sereno', *Seuerus* 'severo', *Sextus* 'sexto', *Tubero* probablemente 'verrugoso', *Valgius* 'patizambo [rodillas juntas y pies torcidos hacia afuera]', *Varus* 'patituerto [piernas arqueadas y pies torcidos hacia adentro]', *Verus* 'sincero' y tantísimos otros.

Así pues, la antroponimia de los antiguos romanos, es decir, sus nombres propios conformaban una tentación práctica y casi inevitable para los juegos de palabras o, mejor dicho, casi triplemente inevitable, pues el nombre romano masculino tradicional contaba regularmente de tres unidades, el *prænomen* o nombre de pila, el *nomen* que vendría a ser algo similar a nuestro apellido y el *cognomen* o sobrenombre que muchas veces tenía su origen en un apodo y que además en algunas épocas uno podía incorporar con bastante libertad. Consecuentemente en una secuencia de tres unidades, como, por ejemplo, *Tiberius Claudius Nero*, en la práctica era difícil no encontrar una unidad susceptible de ser objeto de algún juego de palabras. Suetonio (*Tib.* 42), de hecho, recoge la noticia de que *Tiberius Claudius Nero* era llamado *Biberius Caldus Mero*, esto es, "Biberio Caldio Puro", pues *merum* sin más es usual referencia al *uinum* puro, sin mezcla. Por el contrario, en griego, como en tantas otras lenguas indoeuropeas, lo normal era el empleo de un único término como antropónimo y, todo lo más, con discriminatoria adición del patronímico, tipo *Sócrates el [hijo] de Sofronisco* (Σωκράτης ὁ Σωφρονισκου).

Otra importante diferencia, esta vez cualitativa y no cuantitativa con el griego, era que en esta lengua los antropónimos contaban también regularmente con un significado asimismo translúcido, pero ciertamente de sabor y tenor bien distinto al de los romanos. En notorio contraste con la latina, la antroponimia helénica y, diríase, la de los demás pueblos indoeuropeos solían presentar una *pomposa* y panegírica significación. Así, en griego *Demóstenes* o Δημοσθένης 'fuerza del pueblo' (sobre δῆμος 'pueblo' y σθένος 'fuerza') o nuestros *Alejandro* 'Defensor de los Hombres' o *Hipólito* 'Domador de Caballos', y en las demás lenguas indoeuropeas, por ejemplo, en céltico cual antiguo galés *Catmōr* 'Grande en la Batalla' o gálico *Caturix* 'Rey de la Batalla', en germánico con nuestros *Bernardo* 'Oso Fuerte' o *Ricardo* 'Rey Fuerte', en

eslávico con el genérico *Bogodar* 'Regalo Divino' o polaco *Wiesława* 'Gloria de la Población', en indo-iranio con védico *Devásravās* 'De Fama Divina' o antiguo pérsico *Xšayāršā* o 'Héroe entre Reyes', que es el *Jerjes* de nuestra tradición, en trácico con *Diuzenus* 'De Origen Divino'...

Claro que también los nombres jactanciosos permitían y hasta propiciaban más de una chanza. Lo cierto es que los escritores latinos disponían del antecedente griego para este tipo de prácticas, ya antroponímicas o no, y en consecuencia con el estímulo para emular o rivalizar con estos usos helénicos que permitían la confrontación de un fulano Dídimo o Δίδυμος 'gemelo' con δίδυμοι 'gemelos - testículos' o de un Ésquines o Αἰσχίνης con αἰσχύνη 'vergüenza' (estos y otros ejemplos en Hernández 1992: 89). Ni siquiera, según Diógenes Laercio (10,8: καὶ Δημόκριτον Ληρόκριτον καὶ Ἀντίδωρον Σαννίδωρον), el sonoro nombre del filósofo Demócrito (Δημόκριτος) 'juez del pueblo' evitó ser convertido en un *Lerócrito* (Ληρόκριτος) o 'juez de chorradas' por su discípulo Epicuro, quien además a un Antidoro 'premio - recompensa' llamaba *Sannidoro*, más probablemente jugando con σαννίων 'payaso - bufón' que con *sánnion* (σάννιον), una de las formas para referirse al miembro viril.

Antroponimia en los juegos de palabras de raigambre popular

En todo caso y por cuanto sabemos, al menos para lo antroponímico en la literatura romana, se llegó probablemente más lejos que en ninguna otra de su entorno. Y la cosa, claro, no debía de ser sólo de elites literarias sino estar, por decirlo así, arraigada en el espíritu de la población. La práctica sin duda no se limitaba a gramáticos o literatos, sino que tenía una profunda raigambre popular, pues muchos de estos juegos aparecen, de hecho, en la poesía de extracción popular.

Buen ejemplo de lo dicho podría ser este verso anónimo: *postquam Crassus carbo factus [est], Carbo crassus factus est*, y que se deja traducir y entender razonablemente bien como: "tras convertirse Rico en carbón, Carbón se convirtió en rico" sin necesidad de acudir a la noticia de su citador para comprender que "convertirse en carbón" viene a significar 'morir', de modo que muerto un tipo llamado Craso (*mortuo Crasso*), a Carbón le empezaron a ir bien (*florere*) las cosas (Sac. 6,461 Keil: *dictum est de Carbone, qui mortuo Crasso, homine felice, inimico suo, ante obscurus florere cœpit*; Courtney, 1993: 470 *fragm.* 1; Blänsdorf, 1995: 109–110). Otro ilustrativo ejemplo tiene por objet[iv]o el apellido *Casca* 'viejo', como en el adjetivo de origen itálico *cascus*. He aquí uno de los epigramas conservádonos por Varrón (*ling.* 7,28; Courtney, 1993: 109; Blänsdorf, 1995: 108): *ridiculum est cum te Cascam tua dicit amica/ filia Potoni sesquisenex puerum/ dic pusum tu illam, sic fiet mutua muli/ nam vere pusus tu; tua amica, senex o*

"Es de risa que a ti, chaval, 'Vieja' te llame
tu novia, la requetevieja hija de Potonio
dile tú 'chavalín' a ella y cúmplase lo de mutuamente los mulos
pues aquí el chavalín eres tú; y tu amiga, la vieja"

Con *mutua muli* se alude al muy popular proverbio latino *mutuum* (o, por razones métricas, *mutua*) *muli scabunt*, "uno a otro los mulos se rascan", cuyo mensaje viene a ser el de que el torpe acude en ayuda del torpe y uno a otro acaban tapándose las vergüenzas o los defectos. Y anótese *obiter* para nuestra colección de antropónimos chistosos aquel *Potonius* 'borrachón - bebedor' (de *pōtāre* 'beber'). Ibídem Varrón nos cita todavía otro epigrama jugando con *Cascum* y *cascam*.

Bien probablemente al emperador Antonino Pío se refiera (Courtney, 1993: 481 *fragm.* 18) un dístico conservado en una inscripción y donde se juega con el significado, como nombre común, de *Pius* 'piadoso': *Antonine, tua arte diceris Pius* (C.I.L. 6,128). Asimismo la ya citada homonimia entre *germanus* 'hermano [consaguíneo]' y *Germanus* 'germano', aquí no un antropónimo sino un etnónimo, fue también explotada en un anónimo *uersus triumphalis* para los cónsules Lépido y Planco del año 42 a.C. y que nos conservó Patérculo (2,67,4) con un *de germanis, non de Gallis duo triumphant consules* (Courtney, 1993: 484 *fragm.* 5), o "el triunfo logran nuestros dos cónsules no sobre los galos sino sobre los germanos/ hermanos", en alusión a los dos hermanos de los citados cónsules y que habían sido víctimas de la ola de terror de los años precedentes. Parecían, en fin, también inevitables muchos otros casos afines más o menos propicios, como verbigracia la asociación de un *Sarmenus* con *sarmentum* 'sarmiento' (*Schol. Iuu.* 5,3; Courtney, 1993: 475-476 *fragm.* 10).

Los juegos de palabras en anécdotas

Pero con mucha probabilidad el ejemplo más antiguo y, desde luego, más señero –que no, claro, más señorial– de juegos de palabras y con componente antroponímico en la literatura romana se contenga en una para los estudiosos bien conocida anécdota: el poeta Nevio les habría dedicado este versete a la poderosa e influyente familia de los Metelos: *fato Metelli Romæ fiunt consules* –así en la tradición pues conservado sólo por el comentarista Pseudo-Asconio (*ad Verr.* 1,28) pero quizá un saturnio clásico con sus clásicas trece sílabas, su ritmo silabotónico y su cesura (´ – ´ – – ´ – | ´ – – – ´ –) como, por ejemplo, *fato fiunt Romāi consules Metelli*–, o "los Metelos llegaron a cónsules romanos por voluntad de los hados" y también "por desgracia para Roma unos mercenarios llegaron a cónsules", pues aquí hay un juego de palabras con el doble valor del ablativo *fato* 'por el hado' y 'fatalmente - fatídicamente' y quizá también con un *Romæ* (o *Romāi*) legible tanto como genitivo, locativo

o dativo y aún, siguiendo a autores como Mattingly (1960) o Peruzzi (1997), con el nombre de los *Metelli*, el cual en su acepción como nombre común – esto es, *metellus*– significaba ‘mercenario’ (Fest. 146 Müller). El versículo de Nevio fue, nos parece, superado en gracejo por otro de los aludidos Metelos, quienes respondieron con un saturnio igualmente anfibológico pero ciertamente amenazador y, este sí, métricamente un saturnio *clásico*, a saber, *málum dábunt Metélli ! Næuio poétæ*, o “Al poeta Nevio los Metelos darán... una manzanita/ declararán su amor” o “darán... su merecido”, donde juégase con el acusativo *mālum* ‘manzana - manzano’ y *mǎlum* ‘mal - daño - castigo’, lo que, por cierto, bastaría para probar que el metro saturnio no estaba regido por la cantidad silábica. Ahora bien, como fruto consagrado a Venus, la diosa del amor, la manzana entra en expresiones –así con *mittĕre* ‘enviar - mandar’ o *petĕre* ‘dirigir[se]’ (cf. Verg. *ecl.* 3,64)– en las que tiene un sentido similar al de nuestra voz *tejo* en *tirar los tejos* o afines, es decir, que vale como expresión de una declaración amorosa, en nuestro hispánico caso al menos por la usanza femenina de arrojar las pegajosas bayas del supermágico tejo a los mozos pretendidos (Lastra, 2002: 360-361).

A veces las propias circunstancias onomásticas podían hacer casi inevitable la chanza antroponímica, como en esta anécdota que nos refiere Varrón: «Se sentaba a su izquierda Cornelio Mirlo, de familia de cónsules, y Fircelio Pavo Real, reatino; a su derecha Minucio Urraca y M. Petronio Gorrión, a quien, al llegar nosotros, Auxio Apión preguntó sonriendo: “¿Nos dejas entrar en tu pajarería?”» (*rust.* 3,2: *sedebat ad sinistram ei Cornelius Merula consulari familia ortus et Fircellius Pauo Reatinus, ad dextram Minucius Pica et M. Petronius Passer, ad quem, cum accessissemus, Auxius Appio subridens: "Recipis nos" inquit "in tuum ornithona, ubi sedes inter aues?"*).

Recoge también Macrobio la frase *Gallam subigo* pronunciada en cierto juicio por un zapatero cuando le preguntaron a qué se dedicaba ante el político Munacio Planco, de época cesariana, explicando aquel que la *galla*, una especie de betún, era instrumento propio del zapatero pero que también era *Galla* el nombre de la mujer casada con la que se acusaba de adulterio a Planco, viniendo, pues, la frase a decir al tiempo aproximadamente “cepillo con betún” y “me cepillo a Gala” (*Macr. sat.* 2,2,6: *Plancus in iudicio forte amici cum molestum testem destruere uellet, interrogauit, quia sutorem sciebat, quo artificio se tueretur. Ille urbane respondit: «Gallam subigo». Sutorium hoc habetur instrumentum, quod non infacete in adulterii exprobrationem ambiguitate conuertit. Nam Plancus in Mæuia Galla nupta male audiebat*).

También de Macrobio es aquella anécdota de la mujer que tenía al tiempo dos amantes: uno hijo de un batanero y otro de *cognomen* ‘Mancha’, es decir, *Macula*, por lo que su hermano se preguntaba cómo teniendo un batanero podía tener también una mancha (*sat.* 2,2,9: *Faustus Syllæ filius, cum soror eius*

eodem tempore duos mœchos haberet, Fulvium fullonis filium et Pompeium cognomine Maculam: «Miror» inquit «sororem meam habere maculam, cum fullonem habeat»).

Siempre Macrobio nos refiere otro chascarrillo de Augusto a propósito del jorobado Galba, a quien tras repetir ante Augusto que le corrigiera si veía en él alguna cosa reprobable, este le dijo que podía aconsejarle pero no ponerle recto, ya que *corrigen* tiene en latín, además de 'corregir', también ese originario valor de 'poner derecho - enderezar' (Macr. sat. 2,4,8: *Galbæ, cuius informe gibbo erat corpus, agenti apud se cauam et frequenter dicenti: «Corrige, in me si quid reprehendis», respondit: «Ego te monere possum, corrigere non possum»).*

Otra más sutil anécdota macrobiana tiene que ver con la doble circunstancia de que, por una parte, muchos juicios de Casio Severo terminarían en absolución, mientras que, por otra parte, el arquitecto del foro de Augusto no lograba terminar la obra encargada. El episodio contiene el juego de palabras con los diferentes valores del verbo *absolvere* 'absolver', por una parte, y 'terminar', por otra. Ahora bien, la interesante novedad es que el ingenioso emperador Augusto recurre a una elipsis para provocar la ambigüedad cuando dice aquello de que "¡Ojalá Casio acusara también a mi foro!", es decir, para que el foro resultara también "absuelto/ acabado" (Macr. sat. 2,4,9: *cum multi Seuro Cassio accusante absoluerentur et architectus fori Augusti expectationem operis diu traheret, ita iocatus est: «Vellem Cassius et meum forum accuset!»).*

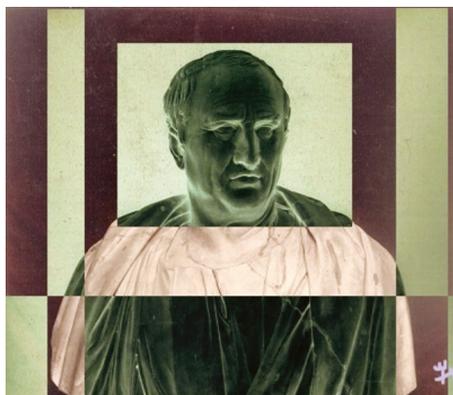
* * * * *

Cinco autores que por razones diversas son especialmente propensos a los juegos antroponímicos de palabras serán a continuación individualmente considerados: Cicerón, Petronio, Marcial, el autor de la denominada *Historia Augusta*, y San Jerónimo. Aunque cursorio y no exhaustivo, nuestro examen nos permitirá, creemos, comprobar junto con ciertas lógicas variaciones la vigencia del procedimiento en cinco autores, períodos y géneros muy distintos de la literatura romana, algo explicable en gran medida por las inicialmente apuntadas características de la lengua latina –y sus antropónimos– que resultaban especialmente propicias para dichas prácticas. Es de destacar que, excepto en el caso de Marcial, en los otros autores el juego de palabras y específicamente de antropónimos resulta ser un índice de sus estilísticos gustos personales, diríase incluso, de su psicología, ya que en los géneros que aquellos autores practicaron, no había factores especialmente favorables a la tal práctica. No así –decíamos– sería el caso del satírico Marcial, cuya búsqueda del humor difícilmente podía prescindir de este tan básico recurso, si bien igualmente cumple reconocer que en Marcial el juego de palabras en comparación con los otros autores romanos

que practicaron en mayor o menor medida la sátira, como Lucilio, Horacio, Persio o Juvenal, es singularmente más significativo, pero sin que, en términos proporcionalmente comparativos, llegue al grado, al menos cualitativo, practicado por los otros autores que aquí sumariamente examinaremos.

Cicerón: el cónsul payaso

Ciertamente el máximo orador romano, Marco Tulio Cicerón (106-43 a.C.), fue muy afecto a los juegos de palabras, al punto que, junto con su tendencia a las series interrogativo-exclamativas a menudo puramente retóricas, el doble superlativo, las secuencias de parasinónimos, los perfectos contractos o la cláusula métrica *esse uideatur*, puede aquel considerarse uno de sus principales rasgos de estilo o *estilemas*. La afición de este autor a los juegos de palabras se ve también en su receptividad a los juegos ajenos... incluso en griego. En sus "Verrinas" nos recuerda que a un tal Teomnasto, que estaba mal de la cabeza, los siracusanos llamaban humorísticamente *Theoracto*, que vendría a significar 'privado del sentido por los dioses' (cf. griego ático Θεόρηκτος; *Verr.* 2,4,148: *Theomnastus quidam, homo ridicule insanus, quem Syracusani Theoractum uocant*). De hecho, el propio Cicerón llegó a practicar este tipo de chanza incluso en griego. En la biografía de este orador refiere Plutarco (*Cic.* 25,4) que sobre un hijo de Craso corría el rumor de que en realidad era hijo de un tal Axio (*Axius*) y cuando a Cicerón le preguntaron qué opinaba del joven contestó en griego: «ἄξιος Κράσσου», lo que se deja en principio interpretar como "es digno de Craso", pero al mismo tiempo también como "es el Axio de Craso".



Ci 0. Ilustración de Max Turiel

Antes ya hubimos tenido ocasión de comentar más de un testimonio de esta práctica tan llamativa y estudiada (cf. López, 2003; Uría, 2006), que el romano orador aplicó naturalmente no sólo a propósito de la onomástica personal sino –podría decirse– a la mínima ocasión allí donde se terciara, como en los inocuos contrastes en las “Verrinas” entre *audendum* ‘por osar’ y *audiendum* ‘por oír’ (Verr. 2,1,2: *ut ad audendum proiectus, sic paratus ad audiendum*) o entre *tectum* ‘casa - techo’ y *lectum* ‘cama’ (Verr. 2,5,26: *non modo extra tectum, sed ne extra lectum quidem*).

Significativamente un gran estudioso como Séneca padre sólo sitúa a Pomponio y luego a Laberio, autores de atelanas, como precedentes notables de esta práctica, que considera un defecto (*uiti*) antes de que aparezca en escena Cicerón, quien habría transformado, siempre según Séneca, el expediente en virtud (*uirtutem*) empleándolo además, como se nos recuerda, innumerables veces (*innumerabilia*) tanto en sus discursos (*in orationibus*) cuanto en su habla cotidiana (*in sermone*), como especifica el autor cordobés (Sen. *contr.* 7,3,9: *Deinde auctorem huius uiti, quod ex captione unius uerbi plura significantis nascitur, aiebat Pomponium Atellanarum scriptorem fuisse, a quo primum a Laberio transisse hoc studium imitando, deinde ad Ciceronem, qui illud ad uirtutem transtulisset. Nam ut transeam innumerabilia quæ Cicero in orationibus aut in sermone dixit*).

In orationibus: conservamos efectivamente, como enseguida veremos, noticias sobre ese uso cotidiano de juegos de palabras por Cicerón y, por otra parte, es, desde luego, un hecho innegable el que los discursos de Cicerón en general abundan especialmente en este tipo de juegos... especialmente además cuando las circunstancias –*id est*: el nombre del adversario– lo permitían o propiciaban, como en el sencillito pero efectivo: “¿qué hay más inútil (*ignauius*) que este Navio?” (Cic. *de or.* 2,249: *quid hoc Nauio ignauius?*), donde el apelativo *Nauius* le servía, podría decirse, en bandeja el juego.

Tal tipo de práctica es especialmente abundante en una de sus más exitosas obras y en la que, por diversas circunstancias, Cicerón apenas reprimió sus más arraigados instintos estilísticos: “Verrinas” u *Orationes in Verrem*, varios discursos contra el ladrón de altos vuelos o cleptómano de escogidas obras de artes, *Verres*, término que en latín significa ‘verraco - cerdo semental’, lo que dio lugar a más de una chanza, como su mitológica comparación con un devastador jabalí a quien en uno de sus esforzados desafíos o “trabajos” mata Hércules (Cic. Verr. 2,4,95: *in labores Herculis non minus hunc immanissimum uerrem quam illum aprum Erymanthium referri oportere*), o como cuando es presentado regodeándose en el lodazal (Cic. Verr. 2,4,53: *quid facimus in Verre quem in luto uolutatum totius corporis uestigiis inuenimus?*) o cuando se afirma que Verres refrendó su nombre tal como también L. Pisón Frugi, es decir, Pisón ‘[el] Moderado’ corroboró el suyo (Cic. Verr. 2,4,57: *ut hic nomen*

suum comprobavit, sic ille cognomen). En su original y brillante monografía "De iure uerrino" (2007a; cf. ítem 2007b) García-Hernández ha mostrado además que en la expresión ciceroniana *ius Verrinum* o bien *uerrinum* (Verr. 2,1,121: *alii, id quod sæpe audistis, negabant mirandum esse ius tam nequam esse Verrinum*), junto a los juegos de palabras tradicionalmente reconocidos de "derecho de Verres" y "caldo de verraco", hay que entender muy probablemente el significado intermedio de «receta culinaria o guiso típico de Verres» (2007a: 79). La fortuna lúdica de la expresión radica en que se trata no de una única forma sino de una secuencia con dos formas homonímicas, rebuscado juego de palabras que, en todo caso, no pasó desapercibido para el *quintilianesco* anónimo autor del diálogo "Sobre los Oradores" (*dial.* 23,1: *nolo inridere "rotam Fortunæ" et "ius Verrinum"*).

Pero, aparte de la obvia cuchufleta con el significado porcino del nombre del personaje, Cicerón no deja de sacarle partido a la forma del apellido de Verres al relacionar asimismo como parónimo este término con la raíz para *euerrere* 'hacer una [buena] barrida' y *uerrere* 'barrer' (Verr. 2,4,53: *Quod umquam, iudices, huiusce modi euerriculum ulla in prouincia fuit?*; cf. Quint. *inst.* 6,3,55), es decir, con el sentido coloquial de 'apropiarse - robar' que Cicerón usará aún en alguna otra ocasión (*diu. in Cæc.* 57: con enmienda habitualmente aceptada *uerrit* 'barre' para el *uertit* 'dirige - vuelve' de los códigos: *nam ex illa pecunia magnam partem ad se uerrit*).

Tal *abuso* no pasó desapercibido a Quintiliano, profundo conocedor de Cicerón y quien nos resumirá, entre muchos (*multa*), los principales empleos afirmando además que a veces el propio Cicerón se los atribuía (*ut ab aliis dicta*) a otros (*inst.* 6,3,55: *multa ex hoc Cicero in Verrem, sed ut ab aliis dicta*). Recuerda asimismo Quintiliano que el orador no sólo jugaba con el nombre de Verres, como en *omnia uerreret* (Quint. *inst.* 6,3,55; "barría con todo"; cf. Cic. Verr. 2,2,19: *ad euerrendam prouinciam* "para dejar bien limpieta la provincia") sino también con los de otros, como en el caso de Sacerdote, su antecesor, quien habría sido un "mal sacerdote por dejar tras de sí tan inútil verraco" (Quint. *inst.* 6,3,55: *malum sacerdotem qui tam nequam uerrem reliquisset, quia Sacerdoti Verres successerat*; cf. Cic. Verr. 2,1,121: *cum Sacerdotem exsecrabantur qui Verrem tam nequam reliquisset*).

Para ponerle las cosas más fáciles al orador, resulta que uno de los cominches del verraco Verres en su *barrido* o limpieza de templos y domicilios particulares se llamaba *Apronius*, nombre que en latín, aunque sea con el concurso de los dialectos itálicos, déjase estupendamente relacionar con el término latino *aper*, genitivo *apri*, para el 'jabalí'. Naturalmente tan feliz concurrencia onomástica no podía ser desaprovechada por el genio humorístico de Cicerón. La frecuente locución latina *similis sui*, literalmente 'semejante a sí mismo', vendría a significar en sentido positivo nuestros "de una pieza - leal

- fiel a sí mismo - de ley". Ahora bien, la frase podía ser entendida también –y sin duda lo era popularmente– con el sentido de "parecido a un cerdo - como un marrano". Pues bien, tanto el 'verraco' Verres como el *jabalonio* Apronio son definidos –y el segundo con superlativo– como 'tipos de una pieza', es decir, como un par de gorrinos: *cum ipse secum sui similis duxisset non parum multos, nequitia luxuria audacia sui simillimum iudicavit* (Verr. 2,3,22). García-Hernández, quien trata extensamente los usos ambiguos de esta común locución (2007a: 107-141), nota además en aquel mismo pasaje (Verr. 2,3,22) el empleo del adjetivo *singularis* 'único - sin par - solitario' (*improbitate singulari*) en referencia a Apronio, adjetivo que, como entre otras cosas probarían algunas lenguas románicas ('jabalí' francés *sanglier*; italiano *cinghiale*; provenzal *senglar...*), resulta ser un «epíteto característico del jabalí» (García-Hernández, 2007a: 17).

El casi abuso de la chifla onomástica por Cicerón en sus "Verrinas" es notado por Quintiliano mediante una elegante lítotes señalando que el orador de Arpinas usó el expediente "no una sola vez" (Quint. *inst.* 5,10,23: *iocorum tamen ex eo frequens materia qua Cicero in Verrem non semel usus est*). Aunque rendido admirador de Cicerón, Quintiliano aparentemente de carácter mucho más serio y adusto –carácter acaso también moldeado por las desgracias familiares padecidas (Quint. *inst.* 6 proh. 4-9)– que el del ítalo chocarrero se vio, sin embargo, como obligado a tratar la vertiente humorística de la oratoria, echando, como estamos viendo, muchas veces mano del testimonio de Cicerón, aunque en general siendo aquí mucho menos entusiasta con las aportaciones del genio de Arpino de lo que sería en el resto de su pedagógica obra. La comparación, que presenta como un lugar común, entre los dos grandes oradores de Grecia, Demóstenes, y de Roma, Cicerón, a este respecto es contundente: al primero le habría faltado talento para el humor y al segundo le habría sobrado (Quint. *inst.* 6,3,2: *plerique Demostheni facultatem defuisse huius rei credunt, Ciceroni modum*), llegando a decir de su ídolo Cicerón que "se pasaba en su afición por el humor" (Quint. *inst.* 6,3,3: *nimius risus adfectator*).

Cicerón, que –podría decirse– no perdonaba la mínima oportunidad de hacer un juego de palabras con los nombres de sus adversarios o los de sus clientes, sin embargo, en su defensa de Ligario (*Pro Ligario*) eludió sorprendentemente la fácil presa del nombre de *Tubero* - Tuberón (cf. *tuber* 'joroba', *tuberatus* 'con bultos', *tuberculum* 'bultito', *tuberare* 'protuberar', *protuberatus* 'lleno de bultos...'). Acaso la razón de esta sea muy personal: se sabe por la biografía de Plutarco, ya en su primer capítulo, que se comentaba –y probablemente ya en época del propio orador– que el *cognomen* de Cicerón podría proceder, como segunda opción tras la del cultivo de los garbanzos por sus antepasados, de una característica física: una vistosa verruga "en la punta de la

nariz" (ἐν τῷ πέρατι τῆς ῥινός). Incluso sus amigos –cuenta *ibidem* Plutarco– le recomendaron “quitarse tal *cognomen* y cambiarlo” (φυγεῖν τοῦνομα καὶ μεταθέσθαι), pero él se habría negado ufano de su apellido, alegando que lo haría “más famoso que los Cátulos y Escauros” (τῶν Σκαύρων καὶ τῶν Κάτλων ἐνδοξότερον), otros dos apellidos chocantes valiendo el primero ‘cachorrillo’ y ‘patizambo’ el segundo. Y lo consiguió, desde luego. Incluso –sigue refiriendo el biógrafo griego– una vez en Sicilia en una ofrenda hizo grabar un garbanzo tras sus dos primeros nombres. Todos estos detalles nos alertan de la especial sensibilidad de Cicerón respecto a los antropónimos, sus significados y las posibilidades de jugar artísticamente con ellos. En todo caso, su *cognomen* –derivado probablemente aumentativo de *cicer* ‘garbanzo’– auspiciaba una fácil y obvia burla. Así pues, al margen de que tal broma no sería precisamente de su agrado por haberla podido padecer más de una vez, atacar a Tuberón por ese flanco era descubrir a su adversario el mismo por el que él también podía atacarle.

Aunque más raramente, Cicerón se sirvió también del *malabarismo* antropónimo de modo positivo y con finalidad elogiosa, así el juego con aquel indeclinable *Frugi* ‘Moderado - Modoso - Frugal - Discreto’ que veíamos contrastado en su apodo (*cognomen*) con Verres y su nombre (Cic. Verr. 2,4,57) lo reencontramos *bis* en el *Pro Fonteio* (Cic. Font. 39: *tanta uirtute atque integritate fuit ut etiam illis optimis temporibus, cum hominem inuenire nequam neminem posses, solus tamen Frugi nominaretur*; Cic. Font. 40: *Frugi igitur hominem, iudices, frugi, inquam, et in omnibus uitae partibus moderatum ac temperantem, plenum pudoris, plenum officii, plenum religionis*).

In sermone: por otras diversas fuentes sabemos además que el humor era connatural a Cicerón, es decir, que en lo personal debía de ser un tipo gracioso, chistoso, jacarandoso y jocundo, sala’o, en definitiva; acaso, entre otras razones, como consecuencia de una infancia feliz en una familia con medios, circunstancia muy distinta, como sabemos, de la del desgraciado Demóstenes. El caso es que también, por ejemplo, otro rendido ciceronianista como Macrobio subraya el carácter saleroso de Tulio. Tras un genérico capítulo dedicado al donaire en su conjunto y con variados ejemplos –en autores, lenguas y tiempos– en sus *Saturnalia* (2,2) este tardío tertuliano y *comentarista* de Cicerón le dedica a él solito otro específico subapartado (2,3), privilegio que concederá también a Octavio, el sedicho Augusto, y curiosamente a la hija de este, Julia. Algunos de estos chascarrillos, de las cuchufletas de la vida diaria de Cicerón son memorables –incluso base de algunos internacionales chistes modernos; “itradición clásica!”, dirán los tediosos *recepcionistas* de nuestros estudios– y refrendan la intuitiva idea que sobre su carácter jovial nos haríamos a partir de su artístico humor retórico, apuntando al mismo tiempo una asociación natural entre su forma de escribir y su forma de ser, una vez más entre el estilo y el hombre. Leamos.

La circunstancia de que el consulado –magistratura de duración anual en la Roma antigua– de cierto individuo apenas durara un día dio pábulo a Cicerón para diversas chanzas como afirmar que ahora había no sólo flámenes diales sino también cónsules *diales*, recuperando así el etimológico valor de *dialis* por su relación con *dies* ‘día’ (Macr. sat. 7,2,10: *Tullius in consulem qui uno tantum die consulatum peregit: «Solent» inquit «esse flamines diales, modo consules diales habemus»; cf. ítem sat. 2,2,13: Marcus, inquit, Otacilius Pitholaus, cum Caninius Reuilus uno tantum die consul fuisset, dixit: «Ante flamines, nunc consules diales fiunt»*). Del mismo cónsul *dial* pudo Cicerón decir que el chorbo velaba tantísimo por la patria que no había llegado a pegar ojo (Macr. sat. 7,2,10: *«uigilantissimus est consul noster, qui in consulatu suo somnum non uidit»*) y pedirle que no le reprochara el no haber ido a visitarle siendo cónsul: él, Cicerón, lo quiso hacer, pero... le sorprendió la noche (Macr. sat. 7,2,10: *eidemque exprobranti sibi quod ad eum consulem non uenisset: «Veniebam» inquit «sed nox me comprehendit»; cf. también Macr. sat. 2,3,5: querenti deinde Vatinius, quod grauatus esset domum ad se infirmatum uenire, respondit: «Volui in consulatu tuo uenire, sed nox me comprehendit»*). Igualmente del breve consulado de Vatinius pudo Cicerón decir que fue portentoso, pues en el “año de Vatinius” no hubo ni invierno, ni primavera, ni verano, ni otoño (Macr. sat. 2,3,5: *in consulatu Vatinius, quem paucis diebus gessit, notabilis Ciceronis urbanitas circumferebatur. «Magnum ostentum» inquit «anno Vatinius factum est, quod illo consule nec bruma nec uer nec aestas nec autumnus fuit»*).

Siempre Macrobio nos recoge otros retruécanos antroponímicos, a veces más complejos, más rebuscados, más espectaculares, como aquel en el que se juega con *T/tertia deducta*, entendible al tiempo como “rebajada una tercera parte - rebajado un tercio” (*tertia*) la propiedad conseguida por Servilia gracias a un favor de Julio César como “dada la mano de Tercia” (*Tertia*) en alusión a la hija Servilia y con la que la madre compartía de amante al dictador (Macr. sat. 2,2,5: *Seruilia, cum pretiosum aere paruo fundum abstulisset [...] non effugit dictum tale Ciceronis: «Equidem, quo melius emptum sciatis, comparauit Seruilia hunc fundum tertia deducta. Filia autem Seruiliae erat Iunia Tertia eademque C. Cassii uxor, lasciuente dictatore tam in matrem quam in puellam*). La misma historieta es referida bastante antes por Suetonio (*Cæs. 50: ante alias dilexit Marci Bruti matrem Seruiliam, cui [...] super alias donationes amplissima praedia ex auctionibus hastae minimo addixit. Cum quidem plerisque uilitatem mirantibus facetissime Cicero: «quo melius» inquit «emptum sciatis, tertia deducta». Existimabatur enim Seruilia etiam filiam suam Tertiam Caesari conciliare*).

La cultura y conocida afición a la literatura de Cicerón le permitía jugar hasta con los títulos y personajes de las obras literarias: al ser preguntado si podía decir algo de un fulano de nombre Sexto Annal (*de Sexto Annali*), el orador

contestó comenzando a recitar del sexto annal de Ennio, es decir, del libro sexto de los *Annales* de Ennio (Quint. *inst.* 6,3,86: *Dissimulauit Cicero cum Sex. Annalis testis reum læsisset et instaret identidem accusator: «Dic, M. Tulli, si quid potes de Sexto Annali»;* *uersus enim dicere cœpit de libro Enni annali sexto: «Quis potis ingentis causas euoluere belli?»*), o cuando compara a un tal Formión con el personaje de la homónima obra *Formión* de Terencio (Quint. *inst.* 6,3,56: *ut "Pro Cæcina" Cicero in testem Sex. Clodium Phormionem: «nec minus niger» inquit «nec minus confidens quam est ille Terentianus Phormio»;* cf. Cic. *Cæc.* 27: *argentarius Sex. Clodius, cui cognomen est Phormio, nec minus niger nec minus confidens quam ille Terentianus est Phormio*).

No sólo, claro, los Quintiliano y Macrobio, también el propio Cicerón no deja, cuando hay ocasión, de referirnos alguna anécdota de este tenor. El poeta Arquías, al que había defendido en un breve pero memorable discurso por su defensa de la *humanitas* y de la literatura, prometiérale tratar de su consulado en una obra poética (Cic. *Arch.* 28: *quas res nos in consulatu nostro [...] gessimus, attigit hic uersibus atque incohauit*), pero, al parecer, nunca concluyó tal obra, probablemente por haber dado preferencia a una obra dedicada a cantar las gestas de Quinto Cecilio Metelo Pío. En una de sus cartas a Ático recuerda con sorna Cicerón la promesa incumplida al haber postergado Arquías la loa ciceroniana a una "función ceciliana" –hoy diríamos: "bolo ceciliano"– en doble alusión a la *gens Cæcilia* de Metelo y al famoso comediógrafo Cecilio (Cic. *ad Att.* 1,16,15: *Archias nihil de me scripserit ac uereor [...] nunc ad Cæcilianam fabulam spectet*).

En fin, Macrobio (*sat.* 2,1,12: *quis item nescit consularem eum scurram ab inimicis appellari solitum?*) da como un hecho bien conocido el que Cicerón fuera conocido por sus detractores como el "cónsul payaso". Naturalmente un autor, tan propenso a la aplicación práctica y a la exposición teórica de su talento y conocimientos, no dejaría pasar la oportunidad de tratar de la utilidad del empleo de bromas y gracias (*de or.* 2,216: *utilis iocus et facetiæ*) en la oratoria en sus estudios, así especialmente en el "Sobre el Orador" (*de or.* 2,216-289).

Petronio: la feliz inventiva

Otro autor del que empero podemos decir poco más que algo de su nombre, Petronio, debe ser también, sin embargo, considerado otro de los grandes talentos de los juegos de palabras en general en la literatura romana. Para tal afirmación bástannos los numerosos y muchas veces brillantes juegos en su única obra –pero en muy pequeña medida– conservada, la novela conocida en español significativamente como *El satiricón*. La novedad es la dificultad de algunos de estos juegos en razón del frecuente empleo del habla coloquial, del mestizaje lingüístico con un griego también coloquial y máxime en esa

helenizada Italia meridional donde se desarrolla gran parte de la acción, las frecuentes veladas alusiones de tipo sexual y, en otro orden, el no disponer, como para el caso de Cicerón, de tempranos y sesudos comentaristas, hermeneutas o glosadores.

Un ejemplo muy *petroniano*, es decir, muy característico de la obra y que contiene las dos dificultades *extra* aludidas de empleo del griego y referencias obscenas, lo tenemos en aquel pasaje donde el término *embasicoetan* de origen griego (ἐμβασικοίτας/ -ος) da lugar a un *penoso* malentendido. Uno de los protagonistas al que se le ha prometido un *embasicoetan*, espera recibir una copa valiosa, recibiendo, en cambio, un masculino 'galán' (*cinædum*) en vez de la preciada copa (Petr. 24,1: «*Quæso, inquam, domina, certe embasicoetan iusseras dari*». *Complosit illa tenerius manus et: «O» inquit «hominem acutum atque urbanitatis uernaculæ fontem! Quid? Tu non intellexeras 'cinædum' embasicoetan uocari?»*).

Naturalmente no podían faltar los retruécanos antroponímicos en este festival de exuberancias lingüísticas que es esta novela y donde se encuentra uno de los personajes más logrados de la Antigüedad, el del chistoso y socarrón nuevo rico Trimalción, quien no para de hacer *de las suyas* en el espectacular banquetazo con el que regaló a sus comensales de entonces... y a sus seculares lectores de siempre. En una de estas chanzas el ricachón va articulando enfáticamente (*lentissima uoce*): "¡Coor-taa! ¡Coor-taa!" («*Carpe! Carpe!*») cada vez que al esclavo de turno le ordena trinchar las viandas. Conociendo la afición a las bromas del anfitrión y sospechando que detrás de tanta enfática repetición pueda esconderse alguna gracia (*aliquam urbanitatem*), un comensal le pregunta a otro, quien le explica que el sujeto apelado se llama *Carpus* y así Trimalción "cada vez que dice ¡Corta!" a la vez le está llamando y dándole una orden" (Petr. 36,7-8: *Ingerebat nihilo minus Trimalchio lentissima uoce: «Carpe! Carpe!»*. *Ego suspicatus ad aliquam urbanitatem totiens iteratam uocem pertinere, non erubui eum qui supra me accumbebat, hoc ipsum interrogare. At ille, qui sæpius eiusmodi ludos spectauerat: «Vides illum» inquit «qui obsonium carpit: Carpus uocatur. Ita quotiescumque dicit Carpe, eodem uerbo et uocat et imperat»*).

Otro juego de palabras, esta vez, de carácter mitológico lo encontramos cuando el mismo Trimalción ordena a un esclavo llamado *Dioniso* ser "libre" («*liber esto*»). Resulta que uno de los apelativos para el dios Dioniso, sosias griego del Baco romano, deidad del vino y la embriaguez, es precisamente *Liber*. El esclavo ha estado proclamándose bajo diversos otros epítetos del dios (*modo Bromium, interdum Lyæum Euhiumque*), de modo que Trimalción demuestra al tiempo su cultura mitológica y su agudeza declarando "libre" al esclavo al tiempo que recordándole que también puede corresponderle el epíteto "Líber" (Petr. 41,6-9: *puer speciosus uitibus hederisque redimitus modo Bromium, in-*

terdum Lyæum Euhiumque confessus, calathisco uuas circumtulit et poemata domini sui acutissima uoce traduxit. Ad quem sonum conuersus Trimalchio: «Dionyse» inquit «liber esto».

La ciudad griega de Corinto contaba en la Antigüedad con una gran reputación en lo tocante a la manufactura de objetos de bronce, especialmente de vasos, de ahí que incluso la expresión *uasa Corinthia* o *uasa Corinthea* quedara simplificada por elipsis ya tempranamente, empleándose el gentilicio sin más para unos objetos considerados de mucho lujo (cf. Cic. *Verr.* 2,4,131) y, por tanto, muy caros y apreciados. Naturalmente el ufano Trimalción se jacta de ser el único (*solus*) que tiene "auténticos corintios" (*uera Corinthea*), ya que el broncista al que se los compra... se llama *Corinto* (Petr. 50,2-4: *ait Trimalchio: «Solus sum qui uera Corinthea habeam».* *Exspectabam ut pro reliqua insolentia diceret sibi uasa Corintho afferri, sed ille melius: «Et forsitan» inquit «quæris quare solus Corinthea uera possideam: quia scilicet ærarius a quo emo, Corinthus uocatur».*)

Creativo esta vez Trimalción inventándose, como exitoso empresario, tres antropónimos propiciatorios que podríamos traducir por Ganación (griego κέρδος 'ganancia'), Felición (cf. *felix* 'exitoso - próspero') y Lucrón (de *lucrum* 'lucro'; Petr. 60,9: *aiebat autem unum Cerdonem, alterum Felicionem, tertium Lucronem uocari*).

En fin, al respecto que aquí nos interesa, sólo podemos decir que es una verdadera lástima el no haber conservado más de esta singular obra u otras eventuales obras de este singular creador de chanzas y personajes.

Marcial: al final, lo que importa es la sorpresa al final

Autor representativo de la época flavia (69-96 d.C.), el satírico y *humorista* Gayo Valerio Marcial (muerto en el 104 d.C.), emplea, como cabía esperarse del género practicado, muchos juegos de palabras, frecuentísimamente en el verso final y aun en la última posición del verso, puesto que al principio o al final las palabras eran mejor recordadas, como ya indicara, por ejemplo, el autor del Περὶ ἐρμηνείας (39) y además era aquel el lugar para el cual el poeta de celtibéricos ancestros reservara las más de las veces su característico efecto - sorpresa como en *Quid mihi reddat ager, quæris, Line, Nomentanus?/ Hoc mihi reddit ager: te, Line, non uideo* (2,28) o

"Pregúntasme, Lino, qué me da mi finquita de Nomento.
De momento me da esto: el placer de no verte"

Sin pretender ser exhaustivos, citemos al menos de este autor juegos de palabras con (formas y referencias según la edición de Lindsay 1989) *clinicus* (1,30: *Chirurgus fuerat, nunc est uispillo Diaulus/ cœpit quo poterat clinicus esse modo*) con alusión a la voz griega κλίνη 'lecho - parihuelas', para

uno que de médico pasó a sepulturero siendo así “camillero” de algún modo, *manuque missos* (1,52,7), *fico/us* (1,65), *dominum* (1,81,2), *pater familiae* (1,84,5), *sanus* (2,16,2), *radit* (2,17,5), *uerba dedit* (2,76,2), *crudus* (3,13,4), *Argonautas* (3,67,10), *ceruo* (3,91,12), ὀσώτως (4,9,3), *nudam* (4,28,8), *purum* (4,39,10), *caprificus* (4,52,2), *cynicus* (4,53,8), *suscitat* (6,9,2), *sanum* (6,84,2), *teste* (7,72,6), *ficos* (7,71,6), *hybrida* (8,22,2), *Sagarim* (8,58,2), *auerso* (8,62,2), *fecisse* (9,15,2), *niueam* (9,49,8), *meta* (10,50,8), *[prima] pila* (10,86,4), *prandium* (11,18,27), *sanus* (11,28,2), *ficetum* (12,33,2), *alicam* (12,81,3), *gallus* (13,63,2), *lingula* (14,120,2) o *sobria* (14,124,2).

Ya en el específico capítulo de la antroponimia –y también no siendo exhaustivos muy probablemente– citemos al menos juegos con *Caballus* (1,41,17 y 20), *Chione* (3,34,2), *Palinurus* (3,78,2), *Furius* (6,17,3), *Sabelle*, –um/s (12,39,1-4) y probablemente Ὠλφιος (9,95,2), con al menos alusión al alfa, la primera letra, y el ómega, la última letra del alfabeto griego y acaso además la escritura del ómega mediante el alógrafo ω contuviera alguna otra referencia (9,95: *Alphius ante fuit, coepit nunc Olfios esse/ uxorem postquam duxit Athenagoras* con las lecciones de los códices *Alphius*, *Alpicus* y *Olphius*, *olficius*, *coalfius*), uno de esos más que posibles juegos de palabras de Marcial y cuyo significado por ahora se nos escapa.

Es llamativo el hecho de que muy a menudo sienta Marcial preferencia por jugar con el puro significado de las palabras, sin necesidad, pues, de alterar su forma, como en este: “A Décimo como ‘Quinto’ y a Grueso como ‘Delgado’, oh Régulo, / solía antiguamente saludar el rétor Apolódoto” (5,21,1-2: *Quintum pro Decimo, pro Crasso, Regule, Macrum/ ante salutabat rhetor Apollodotus*).

Aunque ha sido objeto de específicos estudios incluso en el concreto apartado antroponímico (verbigracia Maltby, 2006, y Vallat, 2006), el número de juegos de palabras en Marcial es relativamente bajo para las expectativas de un género literario que propiciaba el frecuente empleo de este elemental y casi siempre efectivo expediente para procurar el humor. En lo cualitativo a Marcial, aunque nuestro juicio es necesariamente en buena medida subjetivo, tampoco se le ve especialmente implicado. Los antropónimos que emplea de origen helénico, como *Chione* (3,34,2) o *Palinurus* (3,78,2), parecen más bien responder asimismo a las características del género y los modelos seguidos. En muchos casos estos juegos, como tantas otras de sus gracias, parecen sometidos al para él aparentemente más importante impacto de lo sorprendente y, a poder ser, obsceno, objetivo que el celtibero persigue por cualesquiera de las formas. En definitiva, más que la distorsión, la caricatura o la grotesca exageración ciceroniana, más que el absurdo y la desvergonzada ambigüedad petroniana –efectos habitualmente asociados a los juegos de palabras antroponímicos– Marcial parece supeditar sus retruécans a la otra gran veta hu-

morística: la sorpresa, siendo, con todo, un autor merecedor de figurar, séase contrastivamente, en nuestro elenco.

Historia augusta: présaga antroponímica obsesión

Otro escritor, como Cicerón, afectísimo a los juegos de palabras con antropónimos es el autor —pues seguramente uno sólo— de la denominada *Historia augusta*, siendo además precisamente una de sus características ese interés suyo por los antropónimos, circunstancia que probablemente le llevó a multiplicar a lo Pessoa sus heterónimos, todos ellos, *nota bene*, bien sonoros: Julio Capitolino (*Iulius Capitolinus*), Elio Esparciano (*Ælius Spartianus*), Vulcacio Galicano (*Vulcatius Gallicanus*), Elio Lampridio (*Ælius Lampridius*), Trebelio Polión (*Trebellius Pollio*) y Flavio Vopisco (*Flavius Vopiscus*). No extraña que el autor de esta obra —de fecha incierta: finales del s. IV d.C. según muchos estudiosos— sea muy proclive a recoger versos supuestamente populares y muchos también supuestamente escritos en un original griego sobre todo cuando contienen juegos de palabras antroponímicos. No faltan, desde luego, otros versificados juegos de palabras, como el banal entre *lepus* 'liebre' y *leporem* 'gracia' (Lampr. *Al. Seu.* 38,3; Blänsdorf 1995: 373 *fragm.* 12: *uenatus facit et lepus comesus/ de quo continuum capit leporem*). Con todo, los juegos más característicos de esta obra son sin duda aquellos que tienen como base la antroponimia présaga. Veamos.

En un vaticinio sobre tres aspirantes al trono imperial se alude a Pescennio Nigro (en latín *Niger*, esto es, 'negro') con un *fuscus* 'oscuro' y a Clodio Albino (en latín *Albinus*, esto es, 'blanco - blanquecino') con un *albus* 'blanco' en *optimus est fuscus, bonus afer, pessimus albus* o "el mejor es el oscuro, bueno el afro, el peor el blanco" y aún en un *fundetur sanguis albi nigrique* o "quedará vertida la sangre del blanco y del negro" (Spart. *Pesc. Nigr.* 8,1–3: *Denique Delfici Apollinis uates in motu rei p. maximo, cum nuntiaretur tres esse imperatores, Seuerum Septimium, Pescennium Nigrum, Clodium Albinum, consultus quem expediret rei publicæ imperare, uersum Græcum huius modi fudisse dicitur: «Optimus est Fuscus, bonus Afer, pessimus Albus». Ex quo intellectum Fuscum Nigrum appellatum uaticinatione, Seuerum Afrum, Album uero Albinum dictum. Nec defuit alia curiositas qua requisitum est qui esset obtenturus rem publicam. Ad quod ille respondit alium uersum talem: «Fundetur sanguis albi nigrique animantis/ imperium mundi Poena reget urbe profectus»).*

Todavía el significado cromático 'negro' de *Niger* será aprovechado a propósito de una estatua a Pescennio Nigro dedicada de mármol tebaico o negro: *Nigrum nomen habet, nigrum formauimus ipsi,/ ut consentiret forma, metalle, tibi* o "Negro llámase y negro te hicimos,/ mármol, para que tu aspecto se le adecuara" (Spart. *Pesc. Nigr.* 12,4). Metonimia, así pues, verso y profecía son habituales componentes de los juegos de palabras de esta augusta *Historia*.

Naturalmente los nombres personales con significaciones como 'feliz', 'pío' o 'severo' son asimismo debidamente —y casi siempre en supuestos proféticos versos en griego— aprovechados, tipo pregunta "¿quién conseguirá el trono?", respuesta "aquel al que los dioses concederán el apelativo de pío" y en realidad el imperio acaba en manos de Basiano, que había adoptado el apellido de Antonino, el cual remitía al loado emperador Antonino Pío, pues, en efecto, el vaticino podía también entenderse como "el primer apellido de Pío", es decir, el apellido (*nomen*) de Antonino (Spart. *Pesc. Nigr. Pesc.* 8,4–5: *Item cum quæsitum esset, quis illi successurus esset, respondisse itidem Græco uerso dicitur: «Cui dederint superi nomen habere Pii», quod omnino intellectum non est, nisi cum Bassianus Antonini, quod uerum signum Pii fuit, nomen accepit*). Enrevesado sí, pero efectivo y con toda la estudiada ambigüedad que se esperaba de un oráculo.

Asimismo, cuando el senado decretó que Opilio —u Opelio— Macrino recibiera los sobrenombres de Pío y Feliz, aquel aceptó el segundo pero no el primer apelativo, siendo, pues, inevitable el consabido epigrama —en griego supuestamente el original— donde se le critica por pretender ser feliz sin ser piadoso (Cap. *Op. Macr.* 11,2–4: *Et cum illum senatus Pium ac Felicem nuncupasset, Felicis nomen recepit, Pii habere noluit. Vnde in eum epigramma non infacetum Græci cuiusdam poetæ uidetur extare, quod Latine hac sententia continetur: «Histrio iam senior, turpis, grauis, asper, iniquus,/ impius et felix sic simul esse cupit,/ ut nolit pius esse, uelit tamen esse beatus,/ quod natura negat nec recipit ratio./ Nam pius et felix poterat dicique uiderique:/ impius, infelix est, [et] erit ille sibi»* (cf. Blänsdorf, 1995: 371 *fragm.* 7).

Parecidamente nuestro agosto biógrafo recuerda que Diadúmeno, asesinado junto a su padre Macrino, recibiera el sobrenombre de *Antonino* y que por ello circularon los siguientes versos muy irónicos tanto para la madre como para los demás miembros de la familia y en los que finalmente se le criticaba por su impostura y falsedad, lo que le hacía inmerecedor del sobrenombre de *Vero* 'sincero - auténtico' (latín *Verus*) que le correspondía:

*En sueños también eso, ciudadanos, si no me engaño, vimos:
portaba aquel niño el nombre de los Antoninos
nacido de padre esclavo mas de una madre decente
que cien adúlteros soportó y a otros cien buscó.
También nuestro calvo fue su amante antes que su esposo:
He aquí un Pío, he aquí un Marco, pues él jamás fue Vero*

(Cap. *Op. Macr.* 14,2: *Vidimus in somnis, ciues, nisi fallor, et istud:/ Antoninorum nomen puer ille gerebat,/ qui patre uenali genitus sed matre pudica,/ centum nam mæchos passa est centumque rogauit./ Ipse etiam caluus mæchus fuit, inde maritus:/ en Pius, en Marcus, Verus nam non fuit ille;* Blänsdorf, 1995: 372 *fragm.* 9).

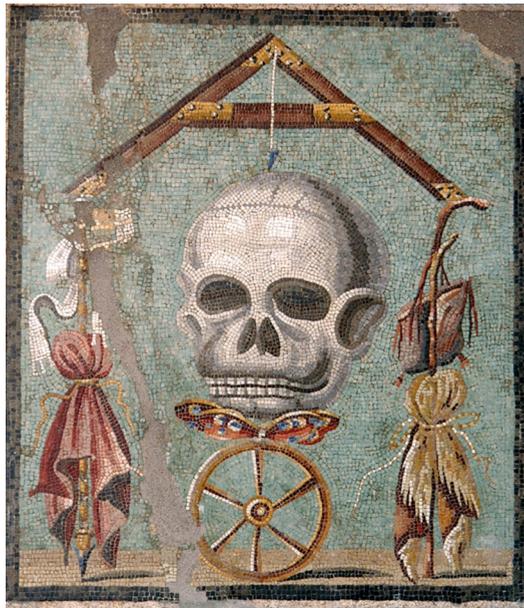
Encontramos este otro juego (*iocus*) en la biografía de Macrino: "De donde proviene el chascarrillo": «"Tan Severo es Macrino cuanto un Antonino es Diadúmeno» (Cap. *Op. Macr.* 5,7: *unde iocus extitit: «Sic Macrinus est Severus, quo modo Diadumenus Antoninus»*; Courtney, 1993: 481 *fragm.* 19), comprensible si se tiene en cuenta, entre otras políticas alusiones partidistas de fondo, que el emperador Macrino añadió a su nombre el de Severo, pese a que no tenía parentesco alguno con él, y asimismo habría impuesto el sobrenombre de *Antonino* a su hijo Diadúmeno para alejar las sospechas de haber matado él, Macrino, a un Antonino (*lege infra*; Cap. *Op. Macr.* 3,8: *Antoninum Diadumenum a Macrino patre appellatum ferunt ut suspicio a Macrino interfecti Antonini militibus tolleretur*).

En fin, el psicológicamente tan caracterizado autor de estas historias parece afectado por una suerte de obsesión por los nombres personales empleados en los juegos de palabras, a diferencia de lo que veíamos en el chistoso Cicerón, con tintes críticos, lúgubres, políticos, proféticos. Una obsesión patente, por ejemplo, en el largo párrafo donde –dentro de su dicotomía entre emperadores buenos y por derecho y, de otro lado, emperadores malos, falsos y usurpadores– establece el listado de aquellos augustos césares a los que legítimamente conviene el nombre o título de Antonino, para concluir señalando que la masa y la soldadesca finalmente no consideraban emperador aquel que no llevara el nombre de Antonino (Cap. *Op. Macr.* 3,1-8: *clara uoce numerari iussit, quotiens diceret Antoninum tuncque, adtonitis omnibus, Antonini nomen Augusti octauo edidit. Sed credentibus cunctis, quod octo annis Antoninus Pius imperaturus esset et ille transcendit hunc annorum numerum et constitit apud credentes uel tunc uel postea per uatem aliud designatum. Denique adnumeratis omnibus, qui Antonini appellati sunt, is Antoninorum numerus inuenitur. Enimuero Pius primus, Marcus secundus, Verus tertius, Commodus quartus, quintus Caracallus, sextus Geta, septimus Diadumenus, octauus Heliogabalus Antonini fuere. Nec inter Antoninos referendi sunt duo Gordiani, aut quia praenomen tantum Antoninorum habuerunt aut etiam Antonii dicti sunt, non Antonini. Inde est quod se et Seuerus Antoninus uocauit et plurimi fuerunt: et Pertinax et Iulianus et idem Macrinus et ab ipsis Antoninis, qui ueri successores Antonini fuerunt, hoc nomen magis quam proprium retentum est. Haec alii. Sed alii idcirco Antoninum Diadumenum a Macrino patre appellatum ferunt ut suspicio a Macrino interfecti Antonini militibus tolleretur. Alii uero tantum desiderium nominis huius fuisse dicunt ut, nisi populus et milites Antonini nomen audirent, imperatorium non putarent*).

La defensa del, para el autor, respetadísimo nombre de *Antonino* se encuentra en más lugares, como a propósito del desprecio de dicho sobrenombre por Cómodo (*Commodus*) y su ridícula pretensión de hacerse llamar *Hércules*. Todo ello, claro, con los consabidos ripios y donde quizá haya, con *Commodus* (latín *commodus* 'Apropiado') y *commode* 'apropiadamente' un ulterior juego

de palabras (Æl. Lampr. *Diad. Ant.* 7,2–3: *libet uersus inserere in Commodum dictos, qui se Herculem appellauerat ut intellegant omnes tam clarum fuisse Antoninorum nomen, ut illi ne deorum nomen commode uideretur adiungi. Versus in Commodum Antoninum dicti: «Commodus Herculeum nomen habere cupit,/ Antoninorum non putat esse bonum,/ expers humani iuris et imperii,/ sperans quin etiam clarius esse deum,/ quam si sit princeps nominis egregii./ Non erit iste deus nec tamen ullus homo»*; cf. Blänsdorf, 1995: 368–369 *fragm.* 1). Si el anónimo pero poliheteronímico autor de la *Historia augusta* no se llamaba él mismo Antonino, es muy probable que fuera un Antonino o alguien especialmente vinculado a esta familia, dada su patente fijación por este nombre.

En la biografía por Esparciano de Septimio Severo se refiere que este emperador habría incluso condenado a algunos a la muerte por hacer bromas sobre su nombre, bromas del tipo de jugar con el valor de 'agarrado - tacaño' para *Pertinax* y 'cruel - severo' para *Seuerus*: "he ahí un emperador que hace honor a su nombre, pues es Agarrado de verdad y Severo de verdad" (Spart. *Sept. Seu.* 14, 12-13: *Ecce imperator uere nominis sui, uere Pertinax, uere Seuerus*). De hecho desde el 198 d.C. Septimio Severo se vio forzado a suprimir el apelativo de *Pertinax* en el título oficial de su nombre dejándolo simplemente en *Imperator Cæsar Lucius Septimius Seuerus Augustus*.



Mosaico romano. Fotografía de Xavi Mata

Sin duda, por otra parte, la primitiva creencia en la adecuación entre el nombre y el referente, así como la todavía más primitiva superstición relativa al valor de presagio (*omen*) del nombre (*nomen*), está bien asentada en el pensamiento del autor, quien parece sentirse obligado a someter a este sumario juicio antroponímico a cada emperador o pretendiente casi de manera obsesiva.

A veces, sin embargo, la *Historia augusta* ofrécenos retruécanos algo más creativos. Relátase que Macrino (emperador del 217 al 218) era tan cruel en los castigos a sus esclavos que estos en vez de *Macrino* le llamaban *Macelino*, es decir, 'carnicerino', en formación derivativa de *macellum* 'carnicería' (Cap. Op. Macr. 13,3: *in uerberandis [uel] aulicis tam inpius, tam pertinax, tam asper ut serui illum sui non Macrinum dicerent, sed Macellinum, quod macelli specie domus eius cruentaretur sanguine uernularum*).

Pero quizá el más ingenioso y arriesgado juego de palabras sea el siguiente: el emperador (211-217) Caracala o *Imperator Cæsar Marcus Aurelius Seuerus Antoninus Augustus* fue sucesivamente añadiendo los títulos de *Britannicus Maximus* en el 210, *Parthicus Maximus* y *Arabicus Maximus* en el 211 y *Germanicus Maximus* en 213 conforme iba realizando sus –más o menos reales– conquistas, pero Helvio Pertinax o Pértinax, hijo del emperador Pértinax, aludiendo al rumor que señalaba a Caracala como responsable último del asesinato de su hermano menor Geta, le habría lanzado la propuesta: "Añádate, por favor, también el de Gético Máximo", porque había dado muerte a su hermano Geta y se daba el nombre de godos *getas* a aquellos pueblos a los que había derrotado en combates improvisados, cuando se dirigió a Oriente" (Spart. Ant. Car. 10,6: *cum Germanici et Parthici et Arabici et Alamannici nomen adscriberet –nam Alamannorum gentem deuicerat– Heluius Pertinax, filius Pertinacis, dicitur ioco dixisse: «Adde, si placet, etiam Geticus Maximus», quod Getam occiderat fratrem et Gothi Getæ dicerentur, quos ille, dum ad orientem transit, tumultuariis præliis deuicerat*).

Aunque no faltan juegos de palabras humorísticos, lo característico de esta obra –y de este autor– es más bien lo contrario: la seriedad, trascendencia y hasta solemnidad que esta práctica, en función de su empleo presago y oracular, habitualmente comporta.

San Jerónimo

El expediente de los juegos de palabras no conoce diferencias prácticas entre literatura pagana o cristiana y así, por ejemplo, Tertuliano llama *loquacissimus* 'locuacísimo' al historiador 'callado' *Tacitus* (ap. 16,3: *idem Cornelius Tacitus, sane ille mendaciorum loquacissimus*) jugando con el significados de este nombre propio en latín. Quizá entre los cristianos el autor cualitativamente más relevante sea San Jerónimo, ya sólo en el epistolario de este autor (muer-

to en el 420 d.C.) encontramos: *ne Currentius forte noster frustra cucurrerit* (32,1) o "No sea que haya corrido para nada nuestro Currencio"; un llamar *κατ' ἀντίφρασιν* o por inversión *Dormitantius* 'Dormitancio' a un *Vigilantius* 'Velador' (61,4; 109,1; 109,3; 109,4); de un tal Apodemio se dice: *Apodemius, qui interpretationem nominis sui longa ad nos ueniens nauigatione signauit* (121 *præf.*) o "Apodemio, quien confirmó el significado de su nombre viniendo hasta nosotros tras largo periplo", pues, en efecto, ἀποδημία significa 'alejamiento del país'; y de una Melania: *cuius nomen nigredinis* (scil. *Melania*) *testatur perfidiæ tenebras* (133,3) o "cuyo nombre de negrura ya manifiesta su obscura traición", pues μελάνια es 'negrura' en griego.

En realidad, el Cristianismo sólo vino a ofrecer más bandas para estos juegos de billar con las palabras al aportar arameo y otras lenguas semíticas y más griego –aún más– como posibles referentes, aunque también supuso en cierta manera un freno, ya que en autores como S. Jerónimo la etimología o significado de formas foráneas proporcionaba además una adicional posibilidad exegética. San Jerónimo, en efecto, es cabal representante de la paradoja de utilizar a la latina los juegos de palabras para fustigar a sus detractores y, en cambio, utilizar a la hebraica etimologías y paronomasias para hacer más aseguibles los textos sagrados, es decir, jugando ora de la manera más divertida siguiendo la tradición latina ora de la manera más seria con las palabras secundando la tradición hebraica. Los buenos conocimientos del santo, su afición a las etimologías y su socarronería en las polémicas contra sus detractores ampliaron la lingüística *paleta cromática* de la vetusta tradición de los juegos de palabras en la literatura romana contribuyendo indirectamente a mantener vivo el interés por la semántica y por la etimología que veremos de alguna manera aunarse y culminar en las *Origines* de San Isidoro, obra que en lo formal es casi también –algunas veces sobre antroponimia pero ya casi siempre sin humor– un repertorio de juegos de palabras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BLÄNSDORF Jürgen, *Fragmenta poetarum latinorum...*, Bibliotheca scriptorum Græcorum et Romanorum Teubneriana, Stuttgart–Leipzig 1995.

COURTNEY Edward, *The Fragmentary Latin Poets*, Oxford University Press, Oxford 1993.

DESBORDES Françoise, *Idées romaines sur l'écriture*, Presses Universitaires de Lille, Lille 1990.

GARCÍA-HERNÁNDEZ Benjamín, *De iure uerrino. El derecho, el aderezo culinario y el augurio de los nombres*, Editorial Dykinson, Madrid 2007a. «L'ambigüité dans les Verrines: du verrat au sanglier», C. Moussy & A. Orlandini (dirr.),

L'ambigüité en Grèce et à Rome. Approche linguistique, Pups, París 2007b, 65-79.

HERNÁNDEZ MUÑOZ Felipe, «Ambigüedades del griego», *Boletín Informativo. Delegación de Madrid de la S.E.E.C.*, 18 (1992) 86-89.

LASTRA MENÉNDEZ Juan José, «Aspectos etnográficos de plantas medicinales asturianas», *Etnografía y Folklore Asturiano. Conferencias 1998-2001*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo 2002, 347-364.

LINDSAY Wallace M., *M. Val. Martialis Epigrammata*, Clarendon Press, Oxford 1989₂ (= 1929).

LÓPEZ LÓPEZ Matías, «Los nombres propios como factor de comicidad en Cicerón», M.P. García & alii coordd., *Vrbs aeterna: actas y colaboraciones del Coloquio Internacional "Roma entre la Literatura y la Historia; homenaje a la profesora Carmen Castillo"*, Ediciones Universidad de Navarra, Pamplona 2003, 583-592.

MALTBY Robert, «Proper Names as a linking device in Martial 5.43-8», J. Booth & R. Maltby edd., *What's in a Name? The Significance of Proper Names in Classical Latin Literature*, The Classical Press of Wales, Swansea 2006, 159-168.

MATTINGLY Harold B., «Naevius and the Metelli», *Historia* 9.4 (1960) 414-439.

NÚÑEZ Salvador (intr. trad. not.), *Retórica a Herenio*, Gredos, Madrid 1997.

PERUZZI Emilio, «*Dabunt malum Metelli*», *La Parola del Passato* 52.2 (1997) 105-120.

URÍA Javier, «Personal Names and Invective in Cicero», J. Booth & R. Maltby edd., *What's in a Name? The Significance of Proper Names in Classical Latin Literature*, The Classical Press of Wales, Swansea 2006, 13-31.

VALLAT Daniel, «Bilingual word-play on personal names in Martial», J. Booth & R. Maltby edd., *What's in a Name? The Significance of Proper Names in Classical Latin Literature*, The Classical Press of Wales, Swansea 2006, 121-144.